

# Naturaleza y modernidad en La vorágine:

## un análisis de tensión y ruptura.

MG. JAMES ALEXANDER DUARTE GALVIS \*

MG. JUAN DAVID PINILLOS PUENTES\*\*



CITAR COMO: Duarte Galvis, J. A. y Pinillos Puentes, J. D. Naturaleza y modernidad en La vorágine: un análisis de tensión y ruptura inteligencia artificial. *Episte-me. Revista de divulgación en estudios socioterritoriales*, 16(2). <https://doi.org/10.15332/27113833.10323>

Recibido: 1/08/2024 Aceptado: 7/10/2024

**RESUMEN:** La vorágine es una obra literaria que ha alentado diferentes lecturas en la clave del binomio civilización/barbarie. En este marco interpretativo, este artículo se propone dar cuenta de cómo se manifiesta el discurso de la modernidad en la novela, para plantear la manera en que dicho discurso demuestra tensiones y rupturas en la medida en que se encuentra

con el otro, representado en la naturaleza y en las visiones de mundo con las que Arturo Cova entra en contacto en su travesía. **Palabras clave:** Naturaleza, Modernidad, civilización, barbarie, otredad, selva.

**ABSTRACT:** La vorágine is a literary work that has encouraged different readings in the context of the civilization/barbarism dichotomy. Within this interpretative fra-

mework, this article aims to explain how the discourse of modernity is manifested in the novel, to highlight the way in which this discourse demonstrates tensions and ruptures as it encounters the other, represented in nature and in the world-views that Arturo Cova encounters during his journey. **Keywords:** Nature, Modernity, Civilization, Barbarism, Otherness, Jungle.

## Introducción

La vorágine, escrita por José Eustasio Rivera, se ha convertido en una novela imprescindible dentro del panorama literario latinoamericano. No solo ha sido objeto de variadas críticas desde el momento de su publicación, sino que ha logrado elogios a raíz de las múltiples dimensiones que convergen en sus páginas; pues podemos considerar la novela como un archivo, es decir, en ella podemos ver documentados “aspectos que hoy comprendemos como etnográficos, sociológicos, geográficos, históricos, científicos y económicos” (Serje & von Der Walde, 2023, p. xv). Así pues, en la novela no solo encontramos una ruta de amor irrealizado que termina en tragedia. No solo se trata del trasegar psicológico del personaje principal y narrador de la obra, Arturo Cova. En su relato encontramos las claves para reconstruir dos aspectos fundamentales en la construcción de la nación, que serán las claves de interpretación habituales de *La vorágine*: el aspecto naturalista (la descripción pormenorizada y lírica de paisajes y territorios) y el elemento de denuncia social de las brutalidades a las que sometieron a seres humanos en el marco de la fiebre del caucho en la región Orinoco-amazónica (Morales, 1971, p. 149).

El objetivo de la presente sección es comprender que en *La vorágine* no solo se encuentran los retratos vívidos de los abusos sufridos por los trabajadores caucheros en la región Orinoco-amazónica en el siglo XX, así como la descripción de regiones geográficas descomunales que incluyen territorios de Colombia, Perú, Venezuela y Brasil. Más allá de estos elementos, se pueden identificar tensiones y contradicciones propias de la Modernidad en América Latina. En este sentido, haremos un análisis de cómo ciertos aspectos del discurso de la modernidad se encuentran presentes en la novela a través de la mirada a la naturaleza, la denuncia social y la complejidad psicológica de los personajes, particularmente de Arturo Cova.

### La naturaleza en la modernidad y la modernidad en Arturo Cova

#### La Naturaleza en la Modernidad

La modernidad no es solo una época en la historia de Occidente, que se suele ubicar desde el siglo XV hasta su cenit en

\* Universidad Santo Tomás, Villavicencio, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8452-3735>

\*\* Universidad Santo Tomás, Villavicencio, Colombia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3288-4114>



los siglos XVIII y XIX. Antes bien, este período agrupa unas formas de vida y de pensamiento ricos y variados que implican ideas regulativas básicas, una figura de mundo que señala una preferencia por ciertos valores y un estilo general de razonar (Villoro, 1992). A tal figura de mundo se la identifica por ser “una forma de pensamiento racional que tendría su expresión más clara en el siglo XVIII. A menudo, la idea de la historia y del mundo ilustrada, su proyecto de racionalidad, se tornan como paradigma de la “modernidad”” (1992, p. 9).

El proyecto moderno consistirá en una confianza desbordada del ser humano en la guía de la razón. Ello quiere decir varias cosas. Epistemológicamente, por ejemplo, solo los objetos que puedan representarse racionalmente, a través del método científico, pueden considerarse válidos, legítimos y existentes para el ser humano, de lo contrario solo serán fabulaciones y ensueños. En este sentido, la realidad vivida por el ser humano adquirirá su estatuto solo a partir de categorías de pensamiento racionales. El proyecto moderno, por lo tanto, pretende subordinar el ser (la naturaleza, los grupos humanos y sociales, etc.) a un conjunto de rasgos que se pueden conocer: “El mundo en torno se convierte en objeto para el hombre” (Villoro, 1992, p. 88); a su vez, el ser humano, como instancia racional privilegiada que organiza el mundo entorno, se convierte en sujeto dominador: se inaugura la dualidad sujeto-objeto.

En el marco de la racionalidad moderna ya no se habla de una naturaleza cuyos significados y valores exceden el mundo meramente empírico y material, y en el cual podemos encontrar un bosque simbólico de significados y seres mágicos: “Antes la naturaleza, en tanto criatura, era desconocida, pues las cosas eran así porque Dios las quería así” (Serrano, 2003, p. 147). En su lugar, la naturaleza deja de verse como una realidad sagrada y pasa a ser un objeto más de la ciencia que debe responder a preguntas de carácter físico, químico, botánico, etc. y su valor reposa solo en el potencial incremento económico o práctico con el que responda a dichas preguntas. El punto de vista moderno sobre la naturaleza implica, entonces, una desacralización del mundo:

La naturaleza ha dejado de “revelarse” como una realidad que debe ser tomada en sus propios términos. Se ha convertido en lo que aprehendemos y controlamos como fuerza calculable y predecible. Al ser forzada a responder sólo a nuestras preguntas y a satisfacer nuestras exigencias prácticas, se convierte en una realidad truncada. [...] La naturaleza enmudece en cuanto que su teleología interna se traspone a aquel otro segmento de lo real que todo lo determina, la res cogitans. (Dupré, 1988, p. 7)

Dicha interpretación de la naturaleza como objeto inaugura una actitud de explotación, en la cual la meta del ser humano es transformar la realidad a su alrededor en un mundo a su imagen y semejanza, un mundo civilizado. Para lograrlo debe poder comprender, predecir y domeñar el mundo natural a través de instancias racionales que regulen todo posible movimiento en su interior, de tal forma que se excluya todo lo que aparezca como bárbaro, fantástico, nocivo, inútil o impredecible.

¿Cuáles son las huellas del proceso de la modernidad en La vorágine? La vorágine no se trata solo de la huida romántica de Arturo Cova con Alicia hacia el este de Colombia, y de la búsqueda de venganza de Cova hacia Julio Barrera, embaucador y raptor de Alicia y la niña Griselda. La novela también se encuentra enmarcada en un contexto que le da sentido, el cual remite al sistema de explotación y esclavitud cauchera que primó en el momento en que Colombia adoptó un modelo económico extractivo-exportador. Ello con la finalidad de que el país lograra integrar su economía a un modelo capitalista internacional, a una economía mundo (Serje & von Der Walde, 2023). En tal situación, el Estado Colombiano opera como “una instancia central a partir de la cual son dispensados y coordinados los mecanismos de control sobre el mundo natural y social” (Castro-Gómez, 2000, p. 89). La existencia de esta instancia central también es una característica relevante de la modernidad.

El Estado es entendido como la esfera en donde todos los intereses encontrados de la sociedad pueden llegar una “síntesis”, esto es, como el locus capaz de formular metas colectivas, válidas para todos. Para ello se requiere la aplicación estricta de “criterios racionales” que permitan al Estado canalizar los deseos, los intereses y las emociones de los ciudadanos hacia las metas definidas por él mismo (Castro-Gómez, 2000, p. 89).

En el momento de escritura de La vorágine José Eustasio Rivera es parte de la Comisión limítrofe colombo venezolana. Tal Comisión pone de manifiesto que existía una preocupación nacional por definir los límites de sus fronteras, pues el territorio nacional ya había sido disminuido copiosamente por la pérdida de Panamá, además de que una gran parte del territorio amazónico “se encogía y expandía de acuerdo a las condiciones del entorno matizado con el tráfico de caucho, es decir las fronteras no poseían una delimitación definida para los pobladores del entorno” (Arcila 2011 como se cita en Carrión, 2011, p. 82). El Estado colombiano asume que es provechoso, para defender los intereses colectivos, integrar territorios y pueblos mediante mercaderes y empresarios, representantes de un modelo de progreso caracterizado por el modelo utilitario del capitalismo, que ejercerán como autoridades civiles y militares, instancias civilizatorias, mediadoras de los intereses del Estado. Este elemento no solo se encuentra presente en La vorágine como contexto no mencionado o telón de fondo para la narración. Antes bien, también es relatado por Clemente Silva en un episodio en el cual uno de los capataces caucheros justifica la empresa cauchera y las laceraciones de los “trabajadores” a un visitador extranjero:

Tiene tantas rémoras este negocio, exige tal patriotismo y perseverancia, que si el Gobierno nos desatiende quedarán sin soberanía estos grandes bosques, dentro del propio límite de la patria. Pues bien: ya su señoría nos hizo el honor de averiguar en cada cuadrilla cuáles son las violencias, los azotes, los suplicios a que sometemos las peonadas, según el decir de nuestros vecinos, envidiosos y despechados, que buscan mil maneras de impedir que nuestra nación recupere sus territorios y que haya peruanos en estas lindes (Rivera, 2023, p. 131)





La modernidad se expresa en el que el Estado colombiano intente extender su jurisdicción hasta los lindes (aún no bien delimitados) del país, a través de un conjunto de estrategias, dentro de las cuales se encuentra otorgar libertades a empresas y mercaderes para que incursionen en territorios aún no explorados por el Estado para garantizar allí su soberanía. Se trata de garantizar la consolidación del Estado, a través de terceros, para sostener esa instancia central que, con criterios racionales válidos para todos, alcancen las metas económicas definidas por él mismo.

También es característico de tal modelo extractivo en el cual se encuentra enmarcada La vorágine el hecho de que se ve a la selva, al entorno natural, como un objeto susceptible de explotación, obligado a ser dominado por manos del hombre y, particularmente, no como un aliado del ser humano, sino como un objeto violento, una “selva enemiga” (Rivera, 2023, p. 96) que es imprescindible conocer para dominar. ¿Por qué la selva, hogar de multitud de comunidades indígenas y fuente inagotable de recursos, cosmogonías y espiritualidades es contemplada en la obra literaria con una diversidad de cualidades negativas? Pues en La vorágine la selva es descrita como inhumana:

sus ríos y quebradas son “siniestros” (225), “envidiosos” (205), “pérfidos” (203), “salvajes” (101) y “sollozantes” (186). Sus días son “viciosos” (235), sus islas “bárbaras” (258), sus lomas “misantrópicas” (109), sus lluvias “impertinentes” (123), sus ramas “rebeldes” (218). Los árboles son “perversos, agresivos, hipnóticos (182); hacen signos (193) y gestos (192). La selva “odia” a la gente que recoge el caucho (213); debe ser tratada como corresponde o será “provocada” (198); es la “enemiga” de la gente (184). La selva es “agresiva” (124) y “se defiende” de sus atacantes (140) pero, lo peor, posee un poder horrible que enloquece a los hombres (141), los pervierte (228) y los atrapa como en un loco encantamiento (186). (Bull, 1948, p. 332).

Tal percepción de la selva y del entorno natural será propio de la mirada colonizadora del ciudadano, del hombre moderno, del hombre civilizador: de Arturo Cova. Recordemos que el proceso narrativo de la novela no se centra en cosmogonías indígenas o de pueblos propios de la región Orinoco-amazónica (aunque también estos relatos aparecen); en su lugar, quien narra y los principales relatos que se van hilando en su narración son característicos de colonos, “de hombres y mujeres del interior del país que se trasladan a las zonas de frontera en busca de elusivas fortunas” (Serje & von Der Walde, 2023, p. XXII). Así pues, Arturo Cova, estereotipo del ciudadano del interior, se enfrenta a un elemento que desconoce por completo, que no es capaz de comprender y dominar. Es por ello que la selva se describe como si se tratara de una dimensión fantasmagórica, inhumana, con las características antes descritas. Es por ello, también, que una lectura habitual de La vorágine la relaciona con el descenso de Dante a los infiernos, un trasegar por naturalezas antiguas, místicas y endemoniadas que trastornan la mente (Morales, 1971)

Adicionalmente, hay que mencionar que dicha dominación y explotación de la naturaleza se logran concretamente a través de la violencia y el endeude, este

último uno de los rasgos más notorios “que nos indica el surgimiento del capitalismo en América Latina”, pues representa el “sistema básico de relación entre la mano de obra nativa y los nuevos empresarios criollos” (Domínguez, 1976, p. 321). Elementos que serán tematizados en La vorágine como un método de “enganchar” tanto a hombres venidos del interior como a grupos indígenas a un modelo de extracción del caucho que deviene en esclavitud:

El personal de trabajadores está compuesto, en su mayor parte, de indígenas y enganchados, quienes, según las leyes de la región, no pueden cambiar de dueño antes de dos años. Cada individuo tiene una cuenta en la que se le cargan las baratijas que le avanzan, las herramientas, los alimentos, y se le abona el caucho a un precio irrisorio que el amo señala. Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de ser siempre acreedor. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos. (Rivera, 2023, p. 119).

Así mismo, no hay escapatoria para aquellos grupos indígenas que se quieran resistir, pues debido a la fiebre del caucho y a la gran presencia de grupos de mercaderes que ejercen total autoridad en estos territorios, la selva se convierte en un campo de concentración, en un lugar de confinamiento de todos estos grupos:

Quizás algunos podrían marcharse, pero pagando, y no tienen medios. No saben el por dónde, el cómo, ni el cuándo. “Mañana mismo”. ¡Ese es un adverbio que suena bien! ¿Y el saldo y la embarcación y el camino y las guarniciones? Salir de aquí por quedar allá, no es negocio que pague los gastos, muy menos hoy que los intereses sólo se abonan a látigo y sangre (Rivera, 2023, p. 135).

### La modernidad en Arturo Cova

Arturo Cova es un ingeniero civil y poeta, proveniente de la ciudad y en ello reposa su sino, pues, tal y como lo resalta Malva Filer (1979), es incapaz de realizar las tareas propias de las haciendas del Llano, así como de comprender y transitar adecuadamente la selva y de integrar satisfactoriamente el entorno natural a su personalidad, pues Cova es tan solo una caricatura del colono de la época. En Arturo Cova se encuentran enfatizadas unas “líneas grotescas habituales en el estereotipo correspondiente” (Filer, 1979, p. 396); idea compartida por Serje & von Der Walde (2023), quienes afirman de Cova que es un “prototipo de la ‘ciudad letrada’, el portador de una visión de país construida desde la Atenas suramericana, la ciudad de gramáticos y poetas, más preocupada por el mal uso del gerundio que por las realidades de los pobladores del país” (p. XXVII). No es descabellado afirmar que Cova es un forastero arrancado de su zona de confort, llegado a parajes inhóspitos que interpreta a través de prejuicios y categorías ciudadinas: “Cova no difiere de los europeos que descubrieron el Nuevo Mundo, ni tampoco de los antropólogos europeos de finales del siglo XIX y XX, cuya visión del mundo que encontraron se basó y fue una proyección de sí mismos y del Viejo Mundo” (Magnarelli, 1985, p. 340)





Al inicio de la novela se encuentra el fragmento de una carta de Arturo Cova en la que dice “los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente cual una aureola de mi juventud [...] y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido” (Rivera, 2023, p. 13), fragmentos que resaltan dos elementos relevantes para identificar la presencia del discurso de la modernidad en el personaje: la inteligencia y el hecho de ser alguien. La inteligencia, asumida como la disposición cognitiva presente en el hombre que permite categorizar el mundo, organizarlo para hacer de este un objeto dispuesto a los fines humanos; es la facultad distintiva que Cova resalta de sí mismo y que a lo largo de la novela lo habilita para diferenciarse de los otros. No obstante, aunque es la inteligencia el vehículo que le hubiera permitido llegar a ser alguien, al nunca llegar a serlo, experimenta la angustia del sujeto moderno, del nihilista (Sánchez, 2015, p. 18).

A lo largo de la primera parte, teniendo por escenario el paisaje nocturno, Arturo Cova entra en un monólogo interior en el que expresa la crisis frente al ser alguien:

Mi anima atribulada tuvo entonces reflexiones agobiadoras: ¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo y tus primicias de celebridad? El lazo que a las mujeres te une lo anuda el hastío. (Rivera, 2023, p. 15-16).

El personaje está confrontado por el destino que añoraba en virtud de su inteligencia, de sus ansias de ser alguien. Ser alguien representa la visión moderna de un mundo que se interpreta como algo exterior, que busca estudiarse, conocerse y en donde se puede actuar: el mundo es nuestro taller. En este sentido, que Cova quiera ser alguien supone que desea hacerse cargo de su destino mediante la modificación de dicha realidad. Pues ser alguien es la actitud:

Del sujeto que afecta al mundo y lo modifica y es la enajenación a través de la acción, en el plano de una conciencia naturalista del día y la noche, o sea que es una solución que crea hacia afuera, como pura exterioridad, como invasión del mundo o como agresión del mismo y, ante todo, como creación de un nuevo mundo. (Kusch, 2007, p. 112).

El ser alguien da cuenta de un dinamismo, de un actuar, de una actitud agresiva frente a la realidad. La técnica y la teoría han sido para la modernidad los medios para huir de la hostilidad del mundo, las maneras de domesticarlo. Lo moderno “es dinámico, lo cual nos aventura a calificarlo como una cultura del ser, en el sentido de ser alguien, como individuo o persona” (Kusch, 2007, p. 110). Actitud que Cova manifiesta en la imagen que construye de la relación con el otro: en el lazo que lo une al cuerpo femenino y que lo “anuda el hastío” (Rivera, 2001, 10) y en la imagen de esposa diligente que hace de Alicia en sus fantasías (Rivera, 2001, 42). Asimismo, en la relación de domino que establece con el cuerpo del indígena, que considera bárbaro (Rivera, 2001, p. 106), y en las constantes añoranzas de una naturaleza que le dona sus riquezas (Rivera, 2023, p. 43).

Las huellas de la modernidad se aprecian en la percepción que Cova tiene de la naturaleza como objeto inerte y enemigo, fuente de riquezas. Tales trazos también se pueden observar en la percepción de pueblos indígenas, ya que la modernidad como instancia civilizatoria también se construye como un “dispositivo de poder que construía al ‘otro’ mediante una lógica binaria que reprimía las diferencias” (Castro-Gómez, 2000, p. 88). Al proyecto de civilización, encarnado por Arturo Cova y la mentalidad colonizadora de empresarios caucheros, se opone la visión de la naturaleza y de los grupos indígenas como el lugar de lo subordinado, lo bárbaro e incivilizado; elementos a ser reducidos y explotados para lograr un Estado unitario y enteramente civilizado.

A través del relato de Cova se evidencia cómo los grupos indígenas son esclavizados y explotados por empresarios bajo el eslogan de la civilización, y son mostrados, desde la mirada del colono, como individuos incultos, carentes de idiosincrasias. En *La vorágine* se muestra a los grupos indígenas como si estos fueran el enemigo, como si ellos fueran los intrusos. Así nos lo hace saber Franco cuando comenta la situación en *La Maporita*:

Y para colmo, los guahibos de las costas del Guanapalo, que flechaban reses por centenares, asaltaron la fundación de El Hatico, llevándose a las mujeres y matando a los hombres. [...] –¿Y qué piensa hacer con su fundación? – pregunté. –¡Defenderla! Con diez jinetes, de vergüenza, bien encarabinados, no dejaremos indio con vida. (Rivera, 2023, p. 34).

Por supuesto, tal imagen de los indios como hostiles y violentos es complementada con un relato de que ninguno de estos grupos indígenas tiene valores, tradiciones, rituales o una imagen compleja del mundo: “porque aquellas tribus rudimentarias y nómades no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro” (Rivera, 2023, p. 92). Los indígenas, contrario a los hombres civilizados, no evolucionan ni tienen una línea cultural en vista al progreso, característica de la civilización, sino que se hunden en una temporalidad ciega, en una animalidad sin dioses. Esta percepción de las comunidades indígenas reafirma la necesidad de incorporarlos a la civilización a través de un modelo económico basado en el endeude y la violencia.

Para concluir nuestra primera sección, podemos decir que el discurso de la modernidad se encuentra presente en *La vorágine* a través de la representación de la naturaleza como mero un objeto inanimado susceptible de ser calculado, manipulado y explotado. Esta actitud hacia la naturaleza inaugura la llamada desacralización o desmitificación del mundo, proceso que implica que la naturaleza solo vale en función de su servicio al ser humano, sin tener un significado o simbologías propias. Y moderno también es el sistema político y económico que enmarca la novela, pues es evidente el interés del Estado en mantener su soberanía a través de terceros: las empresas extractivas en la región Orinoco amazónica colombiana, cuyo vínculo económico fundamental fue el endeude. Estos procesos no se agotan siendo un telón de fondo de la narración, sino que son encarnados en la personalidad de Arturo Cova, quien, como buen individuo moderno, quiere







llegar a ser alguien, a reafirmar su independencia e individualidad, reproduciendo la mirada despectiva hacia naturaleza y comunidades indígenas, con el fin de alcanzar riqueza y gloria.

### **Cova se enfrenta a lo Otro: sueños, yagé, y disolución del yo**

En la sección anterior describimos la manera en que varias características del discurso moderno hacen presencia en la estructura narrativa de *La vorágine*. En esta sección quisiéramos indicar los momentos en los que dicho discurso moderno entra en conflicto en la misma novela, es decir, quisiéramos demostrar que allí no solo se evidencia una presencia o un reflejo de la modernidad, sino que también se la cuestiona. Así pues, la novela también presenta las tensiones y contradicciones inherentes a la modernidad dentro de su proceso narrativo.

El argumento de la novela, como hemos dicho, muestra la presencia del discurso de la modernidad en diferentes instancias. Sin embargo, es en el fuero interno de Arturo Cova en donde el discurso de la modernidad entra en tensión, pues su viaje significará un encuentro con lo otro, confrontando sus más arraigadas creencias. Ello se ve representado en la presencia de los sueños que sirven de presagios; de las visiones excéntricas producto del yagé y en la magia. Experiencias que confrontan el ímpetu de modernidad, el cual está anclado en la esperanza de progreso que ofrece la inteligencia. Ideal que, como dijimos, implican el deseo profundo de ser alguien.

Las ansias de ser alguien que representan a Cova tienen cabida en la urbe, siendo el sujeto el que afecta y domina al mundo; mientras que, en el espacio geográfico del llano o la selva, el paisaje es el que se impone. No es el ser la actitud dominante, sino el estar. Ya no es el sujeto moderno, impositivo y dinámico el que tiene el protagonismo. Al contrario, el estatismo del paisaje ubica al sujeto a la altura de las circunstancias, por lo cual deja al hombre sin opción de actuar contra la naturaleza, de modificarla y agredirla como lo desea el sujeto moderno. “El ‘estar’ muestra al hombre como poca cosa frente a la naturaleza; sólo le queda el habitar aquí y ahora, sin nada para apropiarse y con ese asombro ante los hechos” (María & Chelini, 2012, p. 2). Así que, el mundo resulta desgarrador y lo único que cabe realizar es aceptar el devenir y el caos que este contiene, elemento completamente ajeno a la mentalidad moderna.

En la trayectoria de Cova se vislumbra una tensión entre el ser y el estar en la medida en que supone hacer frente a las vicisitudes del viaje mediante estrategias que escapan a los principios racionales, familiares al personaje. En el inicio de la segunda parte, al ingresar a la selva, se describirá un ritual en el que el yopo y el yagé aparecen como saberes que guiarán el rumbo de Cova. Las imágenes y símbolos, producto del acceso a otros saberes, sirven como alternativa para hacer frente a la travesía del personaje, en tanto el saber técnico resulta inoperante ante la imponente del paisaje. De ahí que, ante el desconocimiento de lo que se avecina solo quede estar en el mundo, al no poder llevar a cabo una “superación de la realidad, sino una conjuración de la misma” (Kusch, 2007, p. 116).

El ingreso a la selva, mediado por el encuentro con la tribu guahiba, representa la tensión entre el dualismo sujeto-objeto de la modernidad; y la experiencia de unidad que caracteriza el estar, propio del saber indígena. En esta circunstancia, el lenguaje de Cova queda corto ante la agresividad del paisaje, lo que supone su disolución en un lenguaje capaz de aprehender el espacio selvático:

El viaje de Arturo Cova significa la derogación de la escritura modernista, que se demuestra ajena a la realidad efectivamente experimentada por este personaje. El proceso desmitificador de la escritura es el eje que otorga unidad y sentido a La vorágine. Es también el factor que permite a Arturo Cova alcanzar la trascendencia que tanto buscó en su vida. (Thomas, 1994, p. 101).

La experiencia de la selva lleva al desencanto del lenguaje moderno por su incapacidad de aprehender la realidad del espacio selvático y la angustia al no poder controlarlo. “La selva exige al protagonista un lenguaje apto para expresar su violenta experiencia, que incluye, junto con la desintegración personal, la derogación de sus presupuestos estéticos” (Thomas, 1994, p. 101). De manera que, acceder a tal desintegración y a un nuevo código estético estará mediado por el código mítico, el cual aparece en el encuentro con el saber del otro, el indígena y el yagé.

En la segunda parte Cova describe a la selva como la catedral “en la que dioses desconocidos hablan a media voz” (Rivera, 2001, p. 95). Es decir que, se presiente una intuición del aspecto sagrado o mítico del paisaje selvático. A pesar de la pesadumbre y la violencia que en la selva se inscriben y que instan a la huida, el poeta reconoce la “fuerza cósmica” y el “misterio de la creación” (p. 95) en la univocidad del llanto que percibe de los árboles. En este contexto, durante una noche de plenilunio, Cova presencia un rito indígena, en el que describe la indumentaria de los participantes, así como la embriaguez producto del “yopo” que sirve al cacique para orientar lo que en apariencia sería una ceremonia. Tales elementos representan el móvil para que Cova tenga una experiencia interna que se pliega hacia afuera, la experiencia de la unidad:

Tendido de codos sobre el arenal, aurirrojo por las luminarias, miraba y la singular fiesta, complacido de que mis compañeros giraran ebrios en la danza. Así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera. Mas, a poco, advertí que gritaban como la tribu, y que su lamento acusaba la misma pena recóndita, cual si a todos les devorara el alma un solo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas, y era semejante a mi sollozo, ese sollozo de mis aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque lo disimulen los labios: ¡Aaaaaay... Ohé!... (Rivera, 2001, p. 109).

El rito es el espacio en el que Cova alcanza la desintegración personal, en el que su condición de sujeto moderno cede, al reconocer que el sollozo del indígena es el mismo suyo. El canto “¡Aaaaaay... Ohé!” es la forma en que se materializa el lamento, es el momento en que se tensiona el discurso moderno en el interior del personaje. La experiencia de la unidad con el otro representa la instancia inicial para que el dualismo sujeto-objeto se anule, si bien no de forma absoluta, sí momentáneamente.





Aunque no es directamente Cova quien toma el yagé, sino el Pipa, las visiones de este son fundamentales para el poeta. En dichas visiones se entra en contacto con los árboles, quienes se quejan de lo que está ocurriendo en la selva; y mencionan el cometido que tienen:

Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse con las nubes, pero la tierra los agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejabanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas (Rivera, 2001, p. 111)

El yagé, o como la menciona Cova la telepatina, un “jugo que hace ver en sueños los que está pasando en otros lugares” (Rivera, 2001, p. 110) es un medio para entrar en comunicación con la selva, reafirma el estar característico del modo de ser en el mundo del indígena. La prosopopeya que sirve para dar voz a la selva y acceder al mensaje de esta, redundando en el aspecto sagrado que el espacio geográfico carga. Al mencionar que se debe eliminar el rastro del hombre y “mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada” reitera la idea de retorno a la unidad en oposición al dualismo sujeto-objeto. Cova reconoce a la selva como interlocutor al exclamar “¡Selva profética, selva enemiga! ¿Cuándo habrá de cumplirse tu predicción (Rivera, 2001, p. 111)? El sujeto moderno ante la intemperie en la que se encuentra no tiene más opción que considerar la validez del mensaje recibido de la selva.

Existe un elemento adicional que nos permite observar la confrontación de Cova con otros lenguajes y es el hecho de que, en su travesía, el lenguaje moderno de nuestro protagonista se tensa, entra en conflicto y nuevos símbolos y significados aparecen. Las categorías de pensamiento modernas, que ven en la naturaleza y en el otro apenas un dato cuantificable y explotable, se ven excedidas por otras formas de interpretación: las del pensamiento mágico y mítico, las del presagio y el augurio, las del susurro de dioses desconocidos. La naturaleza y la psique vuelven a ser un bosque simbólico que se debe comprender para guiarse en la travesía, o para evitarla. Así ocurre al inicio de la novela, ya ingresados a los Llanos orientales, cuando Cova tiene un sueño que es presagio:

Somé que Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba un hombre, que podía ser Barrera. Agazapado en los pajonales iba espíandola yo, con la escopeta del mulato en balanza; mas cada vez que intentaba tenderla contra el seductor, se convertía entre mis manos en una serpiente helada y rígida. [...] Veía luego a la niña Griselda, vestida de oro, en un país extraño, encaramada en una peña de cuya base fluía un hilo blancuzco como de caucho. A lo largo de él lo bebían gentes innumerables echadas de bruces. [...] Y al pie de cada árbol se iba muriendo un hombre, en tanto que yo recogía sus calaveras para exportarlas en lanchones por un

río silencioso y oscuro. [...] Volvía a ver a Alicia, desgredada y desnuda, huyendo de mí por entre las malezas de un bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. (Rivera, 2023, p. 35)

Aunque nuestro protagonista es un hombre de empresas, el arco argumentativo tiene un entramado de sueños y augurios que indican, como huellas, el destino fatal al que se dirige Cova, como si el paisaje y el entorno le contarán sus desgracias futuras. Tal es el caso con este sueño, que resume a cabalidad los acontecimientos que ocurrirán más adelante: el secuestro de Alicia y Griselda por parte de Barrera, la búsqueda incansable que emprende Arturo Cova a través de naturalezas antiguas, lugar que será el epicentro de la explotación cauchera. Sin embargo, Cova es sordo a tales presagios, pues su sensibilidad moderna y su ánimo de empresa y de venganza lo llevarán por el sendero del augurio, evidenciando que aún no es capaz de escuchar las voces de la selva: “¡Pobre fantasía de los poetas que solo conocen las soledades domesticadas!” (Rivera, 2023, p. 150).

Cabe preguntarse si esas voces existen realmente o son producto de la febril sensibilidad de Arturo Cova. La respuesta la obtenemos con el relato de Clemente Silva, sobreviviente del infierno verde, pues, al encontrarse perdido y sin poder guiarse por el cielo, oculto entre las copas de los árboles, se detiene ante una palmera de cananguche, que “según la leyenda, describe la trayectoria del astro diurno” (Rivera, 2023, p. 162). Así, en un estado de “éxtasis”, don Clemente sintió cómo “La secreta voz de las cosas le llenó su alma” (p. 162). Es decir, existen personajes que no solo evidencian esas voces de la selva, sino que, siendo más atentos a sus murmullos y a las leyendas, logran comulgar y guiarse en el interior de sus laberintos.

Por otra parte, al interior de la selva inhumana, por la narración de Cova es evidente que han accedido a un espacio místico, donde predominan el embrujamiento y el hechizo, y en donde la naturaleza no se encuentra inerte, sino que efectivamente se humaniza, pues “En estos silencios, bajo estas sombras, [los árboles] tienen su manera de combatirnos: algo nos asusta, algo nos crispera, algo nos oprime, y viene el mareo de las espesuras, y queremos huir y nos extraviarnos” (Rivera, 2023, p. 149-150). Aquí, la subjetividad de Cova se estremece ante una naturaleza que deja de ser objeto y se convierte en un interlocutor, en un sujeto de acción que se defiende. En tal espacio mítico la naturaleza no es solo un set de plantas y seres mal distribuidos en lucha constante por sobrevivir, sino que Cova reconoce que se encuentra en espacios en donde la racionalidad moderna entra en conflicto:

El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, solo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder [...] Los sentidos humanos equivocan sus facultades: el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos! (Rivera, 2023, p. 151).

La sensibilidad moderna no solo debe adaptarse a nuevos lenguajes y códigos simbólicos, sino que debe abandonar la idea de que accede a una naturaleza muerta,





pues, en *La vorágine*, la naturaleza es presentada como un espacio que cuenta con una psicología y un idioma, como un espacio que quiebra las nociones modernas más evidentes. Así, todos los órganos se expanden o se solapan, adquiriendo funciones ajenas (el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora). Algo más ocurre con la idea misma de la identidad, pues al interior de la selva: “Los más ligeros ruidos repercutieron en mi ser, consustanciado a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía” (Rivera, 2023, p. 85. Énfasis nuestro). En la selva no es cada árbol individual el que llora y se lamenta por separado, sino que toda la masa viva es eco de sus padecimientos y secretos (p. 83). Tal efecto de solidaridad, tal ruptura del principio de identidad también surte su efecto en los humanos que se adentran en sus entrañas y sienten cómo su alma también gime, y sienten que se van consustanciando con el ambiente.

## Conclusiones

*La Vorágine* de José Eustasio Rivera es una obra que permite múltiples interpretaciones sobre la intención del autor con su argumento, personajes, espacialidad, temporalidad y lenguaje. Entre las diversas posibilidades de lectura, se destaca una relación de tensión y ruptura, manifestada en el encuentro de Arturo Cova con el otro durante su periplo. Cova, representante del espíritu de la modernidad, se enfrenta a visiones del mundo que desafían los principios de racionalidad que lo guían.

La modernidad, entendida como una época en la que la razón erige al hombre como amo de la naturaleza, contextualiza ideológicamente la novela. La explotación de cuerpos, ya sean femeninos, masculinos o selváticos, reafirma el proyecto moderno, que impone al sujeto racional sobre la barbarie representada por indígenas, negros, mujeres y la selva. Este proyecto también propicia el intercambio mercantil indiferenciado de objetos y personas, legitimando la explotación económica y sexual. La selva, el hombre y la mujer son deformados por el discurso hegemónico de la modernidad, que autoriza su explotación bajo la oposición civilización/barbarie.

Arturo Cova, ingeniero y poeta, encarna el discurso hegemónico de la modernidad colonial, caracterizado por su tendencia patriarcal, nacionalista y empresarial. Cova busca imponerse al destino para alcanzar fortuna y fama, utilizando a los personajes como medios para sus fines, ya se traten estos de venganza, riqueza o posesión. Sin embargo, el discurso de la modernidad en Cova revela tensiones que sugieren una ruptura del dualismo sujeto-objeto. En la selva, el sujeto moderno queda impotente ante el paisaje, y la técnica y teoría resultan inoperantes. Es necesario considerar otros sujetos y saberes, como los indígenas con sus ceremonias y plantas sagradas, los sueños que desafían la racionalidad del poeta, y la sabiduría de Clemente Silva para guiarse en la selva.

## Referencias

- Bull, W. (1948). Naturaleza y antropomorfismo en La vorágine. En *La vorágine: Textos críticos*. (319-335). Alianza Editorial.
- Carrión, E. (2012). La vorágine de José Eustasio Rivera: expresión de la ineficacia estatal y sus efectos en la sociedad colombiana. Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/5074/tesis309.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Castro-Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problemas de la “invención del otro”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (139-155). CLACSO.
- Domínguez, C. (1976). El endeude en el proceso productivo de la Amazonía. En *La vorágine: una edición cosmográfica*. (321-327). Ediciones Uniandes.
- Dupré, L. (1988). La idea moderna de cultura en oposición a sus orígenes clásicos y cristianos. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/34481>
- Filer, M. (1979). La vorágine: Agonía y desaparición del héroe. En *La vorágine: Textos críticos*. (391-398). Alianza Editorial.
- Kusch, R., (2007), América profunda, Cap. I Definición del mero estar, Obras completas Tomo II, Rosario, Pág. 100-124, Argentina; Ross.
- Magnarelli, S. (1985). La mujer y la naturaleza en La vorágine: A imagen y semejanza del hombre. En *La vorágine: Textos críticos*. (335-353). Alianza Editorial.
- Morales, L. (1971). La vorágine: un viaje al país de los muertos. En *La vorágine: Textos críticos*. (149-168). Alianza Editorial.
- Rivera, J. E., Serje, M., & Walde, E. (2023). *La vorágine: una edición cosmográfica*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Sanchez Lopera, A. (2015). En el corazón de la modernidad: nihilismo en La vorágine de José Eustasio Rivera. *Revista de Estudios Colombianos*, (46), 16-24. Tomado de: [https://colombianistas.org/wordpress/wp-content/themes/pleasant/REC/REC%2046/Ensayos/46\\_8\\_Ensayos\\_Sanchez-Lopera.pdf](https://colombianistas.org/wordpress/wp-content/themes/pleasant/REC/REC%2046/Ensayos/46_8_Ensayos_Sanchez-Lopera.pdf)
- Serje, M. & von Der Walde, E. (2023). Introducción: una edición cosmográfica. En *La vorágine: una edición cosmográfica*. (XV-XXXIII). Ediciones Uniandes.
- Thomas D., E. (1991). “La Vorágine”: El marco narrativo y el retorno del héroe. *Revista Chilena de Literatura*, 37, 97-104. <http://www.jstor.org/stable/40356609>
- Villoro, L. (1992). *El pensamiento moderno, Filosofía del Renacimiento*. México D. F. Fondo de cultura económica

